

30 de septiembre de 1938:

El Pacto de Munich

José María Solé Mariño

EL día primero de octubre de 1938, ante los micrófonos de la BBC, Neville Chamberlain, Primer Ministro británico, habla a los ingleses: «Qué horrible, qué fantástico, qué increíble sería que tuviésemos que cavar trincheras y ponernos las máscaras antigás a causa de una querrela que afecta a un país lejano, entre gentes de las que nada sabemos...». La multitud le aclama en las calles. Acaba de regresar de Munich, en donde ha llegado a un acuerdo con el dictador de Alemania, Adolf Hitler, al que ha hecho entrega de un país soberano: Checoslovaquia. Los pacifistas y los te-

meros dictan las normas en estos momentos, en detrimento de las posturas realistas. Solamente unos meses más tarde, Europa sabrá que el Pacto de Munich no es más que el principio de una indiscriminada destrucción de vidas y de bienes, el fin de un mundo y el regreso hasta los más profundos momentos del salvajismo humano. Munich significará la seguridad que Hitler necesita para lanzarse a su loca carrera de invasiones. Pero por el momento, otoño de 1938, parece como si la paz lograda a base de sucesivas concesiones, va a ser capaz de mantenerse en el viejo y sufrido continente.

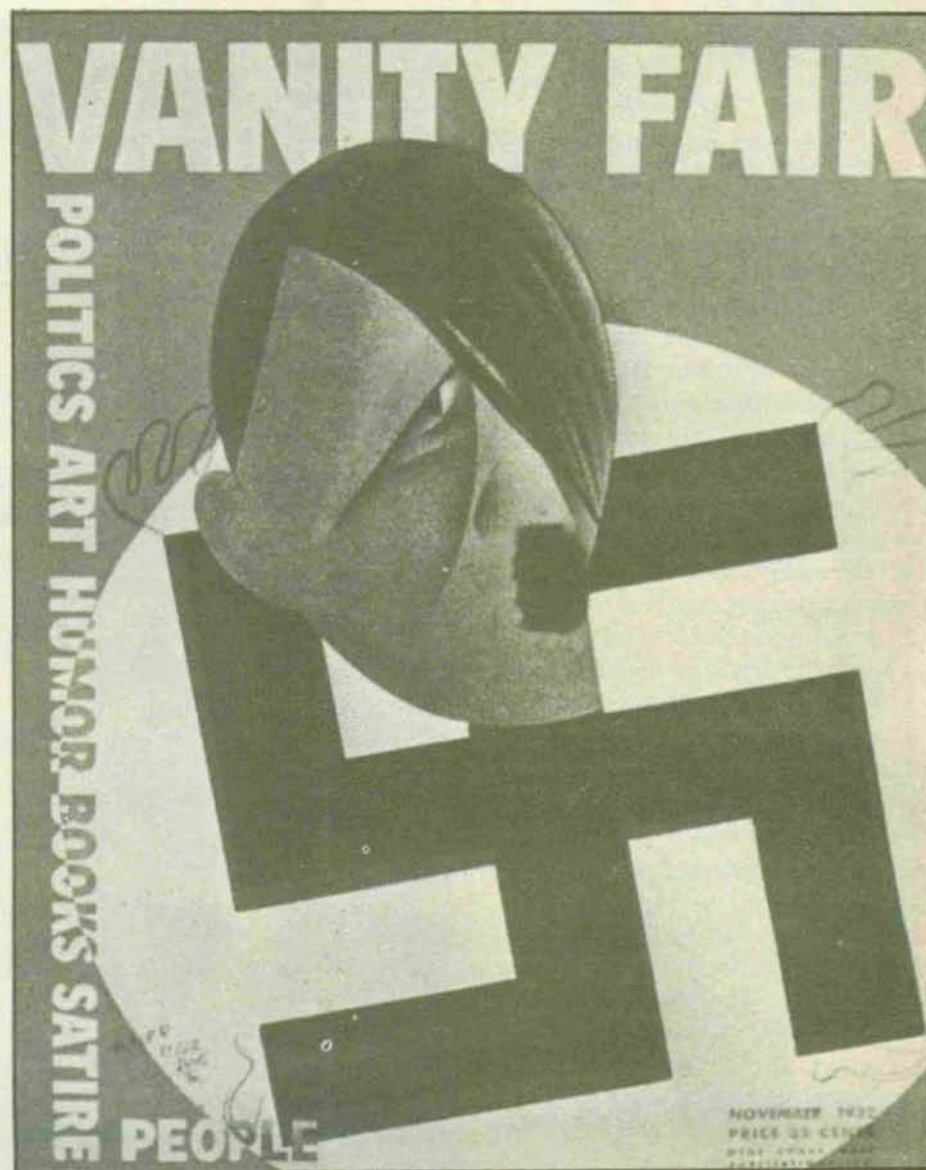
CHECOSLOVAQUIA: UNA DEMOCRACIA EN UN MAR DE DICTADURAS

El 20 de febrero de 1938, Hitler, en uno de sus resonantes y amenazadores discursos, anuncia que no está dispuesto a permitir que diez millones de alemanes sigan viviendo oprimidos fuera de las fronteras del Reich. El más elemental cálculo aclara que esa cantidad total está compuesta por los seis millones y medio de austriacos y por los tres millones y medio de habitantes alemanes que pueblan la región de los Sudetes, que se encuentra bajo soberanía checoslovaca. Tras la pacífica anexión de Austria, efectuada un mes más tarde, le toca a la República checa el turno de soportar las ambiciones expansionistas del Tercer Reich. Checoslovaquia es, en ese momento, el símbolo de la Paz de Versalles, tan denostada por los nuevos dueños de Alemania. Una democracia modélica en todos los sentidos se había instalado a partir de 1918 en el estratégico centro del continente. Con un Parlamento bicameral, cuyos miembros habían surgido de elecciones democráticas, el Estado checoslovaco se asentaba sobre una sólida estructura industrial y comercial. La debilidad de la República estribaba, sin embargo, en un factor que también fue causa determinante en la desintegración del Imperio Austro-húngaro: la existencia de fuertes minorías étnicas en su interior y que en muchos casos se encontraban en desacuerdo con la política del Gobierno central de Praga. La más numerosa de ellas la constituían los alemanes sudetes, seguidos en importancia por los húngaros, los ucranianos y los polacos, que entre todos alcanzaban a representar casi una tercera parte de la pobla-

ción total del país, junto a los diez millones de checos y eslovacos, también tradicionalmente enfrentados entre sí.

El régimen de Praga, miembro entusiasta de la Sociedad de Naciones, aliado de Francia y de la Unión Soviética, mantenía con las minorías que coexistían en el interior de su territorio una política irreal, cayendo en los mismos errores que habían costado el trono a los Habsburgo. No reconocía autonomías a las minorías y la cuestión se agravaba en el caso de los alemanes sudetes, pobladores de las regiones que cercaban el cuadrilátero de Bohemia y linda-

ban con Alemania y Austria, por lo que, tras el *Anschluss*, estaban completamente rodeadas por el territorio del Reich. Precisamente en la región sudete se habían concentrado las industrias más prósperas y fundamentales del país, como las célebres industrias de vidrio y de artículos de lujo, las minas de carbón y otros ricos yacimientos y, lo más importante, las fábricas *Skoda* de armamento pesado, que eran las mejores de Europa. Todo ello estaba protegido por una infranqueable barrera defensiva que se oponía a cualquier posible invasión procedente de Alemania. En



Tras la anexión de Austria, crecen los temores en Checoslovaquia, ya que se sospecha con fundamento que las pretensiones expansionistas de Hitler no quedarán reducidas a la pequeña República alpina (Austria).

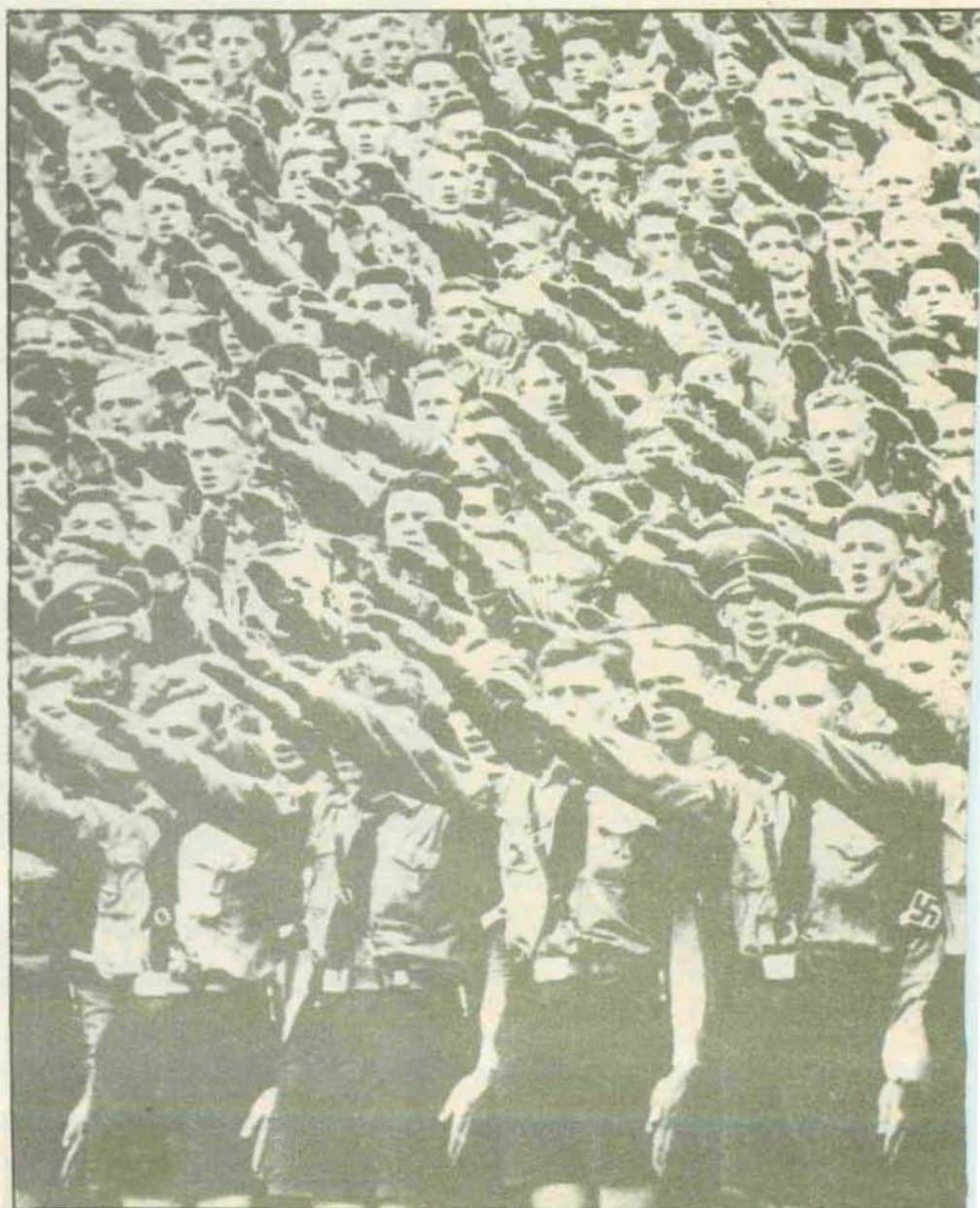


En el Estado unitario que es Checoslovaquia, aparece en 1934 un nuevo partido de minoría, el Frente Patriótico de los Alemanes de los Sudetes, organizado y comandado por Konrad Henlein —en la foto—, monitor de gimnasia, de padre alemán y madre checa.

una consideración general sobre el país, una dicotomía clara aparecía sobre la realidad de Checoslovaquia. Frente a una parte, Bohemia y Moravia, industrial y con una mayoría de población perteneciente a la burguesía urbana media, en la extensa Eslovaquia se mantenían unas estructuras agrarias que determinaban todos los niveles de su sociedad particular. En el Estado unitario que es Checoslovaquia aparece en 1934 un nuevo partido de minoría, el **Frente Patriótico de los Alemanes de los Sudetes**, el **Sudetendeutschen Partei**, o **SDP**, organizado y comandado por Konrad Henlein, monitor de gimnasia, de padre alemán y madre checa. Fiel en un principio a la República, el SDP se va decantando cada vez más hacia posturas ideológicas afines a las del nacionalsocialismo alemán, que

gobierna al otro lado de la frontera, sobre todo en su rechazo por la democracia y en sus campañas llevadas a cabo en contra de los judíos, que representaban en el país una influyente minoría que imprimía su sello sobre todo entre las clases urbanas ilustradas. En pocos años, el SDP se llega a convertir en el mayor partido de la República, superando incluso al Partido Nacional Agrario —entonces en el poder— y al Partido Socialdemócrata, que representaban la alternativa democrática para los electores. Teniendo en cuenta la nueva realidad, y tratándose de la re-

gión con mayor peso económico del país, el Gobierno de Praga no tiene más remedio que conceder, en febrero de 1937, al país sudete una autonomía similar a la de los cantones suízos, tras una difícil serie de conversaciones mantenidas entre el presidente Benes y los dirigentes nazis sudetes, cada vez más envalentonados ante la creciente fuerza de su agrupación y el apoyo que reciben de la Alemania nacionalsocialista. Tras la anexión de Austria, crecen los temores en Checoslovaquia, ya que se sospecha con fundamento que las pretensiones expansionistas de



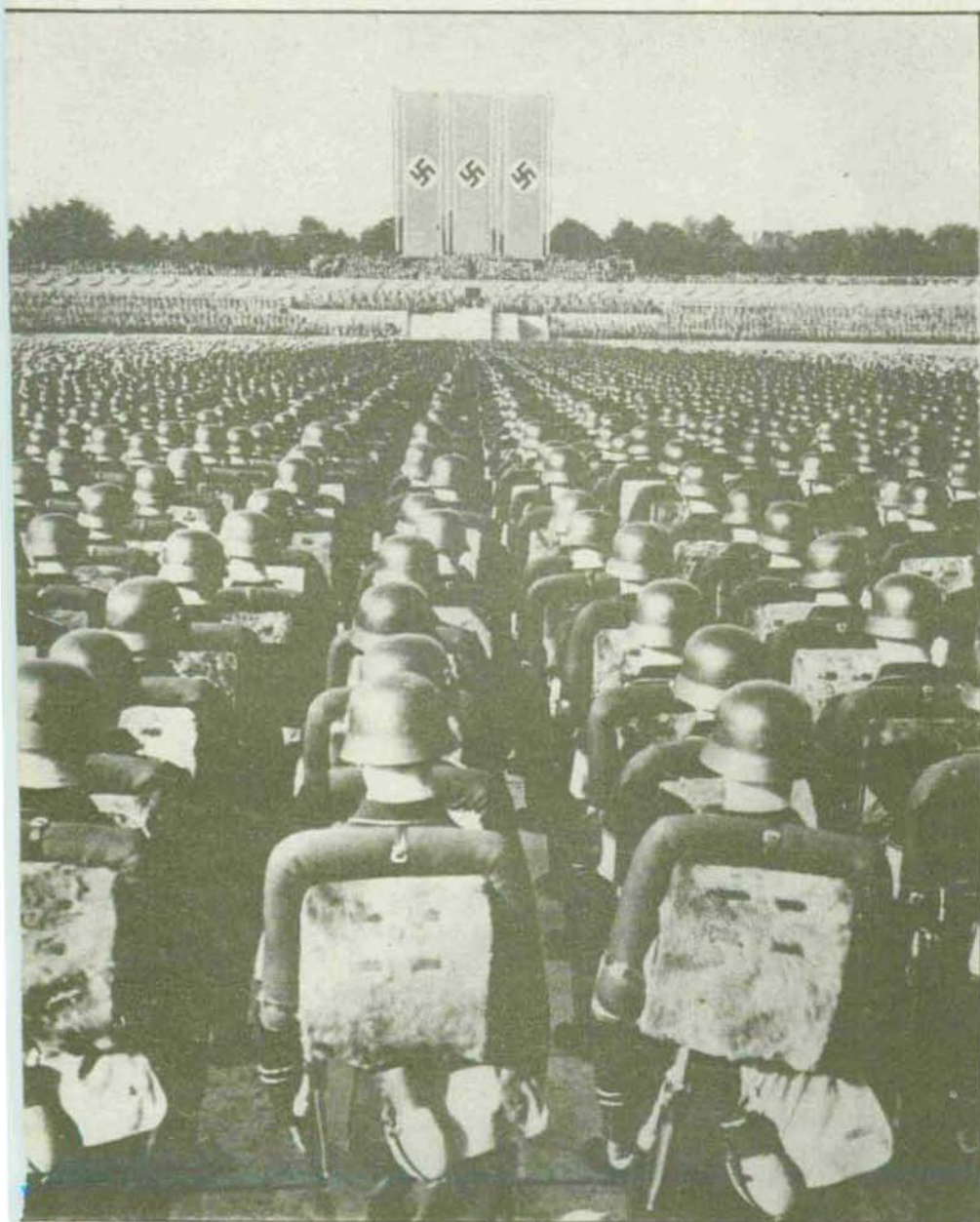
Hitler: «Si Benes cuenta con siete millones de checos, aquí está en pie un pueblo de setenta y cinco millones de germanos».

Hitler no quedarán reducidas a la pequeña República alpina. Al mismo tiempo, Alemania, que subvenciona desde su creación al partido sudete, fomenta los sentimientos separatistas del pueblo eslovaco, que siempre se había sentido menospreciado por los gobernantes de Praga, así como también los de las otras minorías, polaca y húngara, que comienza a hacer notar su postura discordante con la política centralista del presidente Benes. Así, la posición interna de la República no puede ser más precaria a mediados de 1938, cuando las elecciones generales celebra-

das el 21 de mayo dan al partido nazi-sudete el noventa por ciento de los votos recogidos en la región, y el dirigente Henlein se apresura a pedir la integración del territorio dentro del ámbito del Tercer Reich, afirmando: «Es llegada la hora de volver a nuestro hogar del Reich».

En ese momento, todas las organizaciones laborales, culturales y recreativas de la región se hallan ya infestadas de infiltrados pertenecientes al SDP, y al otro lado de la frontera, en Baviera, repitiendo casi exactamente las tácticas empleadas para la anexión de Austria, un cuerpo de volunta-

rios checos nazis, el **Cuerpo franco alemán de los Sudetes**, se halla acuartelado en un castillo próximo a la ciudad wagneriana de Bayreuth en espera del momento de entrar en su país. Las continuas provocaciones, llevadas a efecto por miembros del SDP, se dirigen principalmente contra unidades e instalaciones del Ejército checo, lo que acaba provocando la detención de varios miembros del partido, contestada inmediatamente con el apresamiento de ciudadanos checos residentes en Alemania. Así las cosas, la tensión se extiende a los Gobiernos occidentales, sobre todo al de París, que mantiene con el de Praga un tratado de defensa mutua y teme verse envuelto en una nueva guerra con Alemania en el caso de que el pequeño país centroeuropeo sea atacado e invadido por el Ejército alemán, como no es difícil imaginar que sucederá en un breve espacio de tiempo. A la fácil coartada patrioter que ya el dictador alemán había utilizado en cierta medida para justificar su anterior anexión de un país independiente, se une en el caso checoslovaco una serie de razones económicas y estratégicas que tienen indudablemente un mayor peso que las que pudieran haberse aireado como motivaciones que apoyasen la destrucción de un Estado vecino. El potente Ejército de la renacida Alemania, y que formaba en el interior del país una clase privilegiada y dominante, estaba profundamente interesado en la posesión de las grandes fábricas de armas checas, pero prefería apoderarse de ellas de una forma pacífica, apartándose de las acciones violentas, ya que sentían el temor de no poder superar las dificultades con que se hallarían al enfrentarse con el bien equipado y numeroso Ejército checo,



compuesto por más de setecientos mil hombres, apoyados por un perfecto material de guerra y respaldados por unas fuerzas aéreas que contaban con casi mil cuatrocientos aviones. Los militares alemanes sabían además, que estos soldados lucharían con el mayor ahínco en la defensa de su país, lo que haría más difícil la dudosa victoria alemana. Los más altos jefes trataban así de persuadir al Führer de la conveniencia de llegar hasta una anexión pacífica de los territorios objeto de su interés, evitando una posible derrota material y moral a manos del pequeño país, que muy probablemente estaría apoyado por sus aliados occidentales.

UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

El **Plan Grün, Plan Verde**, que había ya tiempo había sido preparado por los servicios del Alto Estado Mayor de la **Wehrmacht**, comienza a vislumbrarse a los ojos de Hitler como la salida más beneficiosa ante la creciente debilidad de la República Checoslovaca, que ya no puede controlar las acciones de los grupos nazis en el interior de su territorio. Y al mismo tiempo que desde Berlín se estimulan las pretensiones territoriales de Polonia y Hungría sobre territorios checos, la movilización de tropas en Baviera en los meses de verano de 1938 produce una gran inquietud en todas las cancillerías europeas. La Polonia del reaccionario coronel Beck, que había sucedido al mariscal Pilsudski en la jefatura ejecutiva del Estado, ve cada vez más cerca la posibilidad de apoderarse del rico distrito industrial y minero de Teschen, poblado mayoritariamente por polacos. Por su parte, la semifeudal Hungría del almirante Hort-



hy, contra cuyas obsesivas aspiraciones sobre Eslovaquia había formado Checoslovaquia la **Pequeña Entente**, junto a Rumanía y Yugoslavia, presiona sobre el Gobierno de Praga reclamándole extensas zonas supuestamente húngaras. Mientras, Hitler, desde Berlín pronuncia discursos cada vez más amenazadores en los que no se recata en emitir los más graves insultos contra un país extranjero al afirmar públicamente: «El Estado Checo em-

pezó con una mentira, y el padre de esa mentira se llama Benes... No existe tal nación checoslovaca, sino únicamente checos y eslovacos, y estos eslovacos nada quieren tener en común con los checos». Las potencias occidentales se encuentran en una difícil posición debido a sus deseos de no contrariar hasta un cierto límite las ambiciones expansionistas de Alemania. El ejemplo de la guerra civil española, que a estas alturas se inclina ya decisivamente a



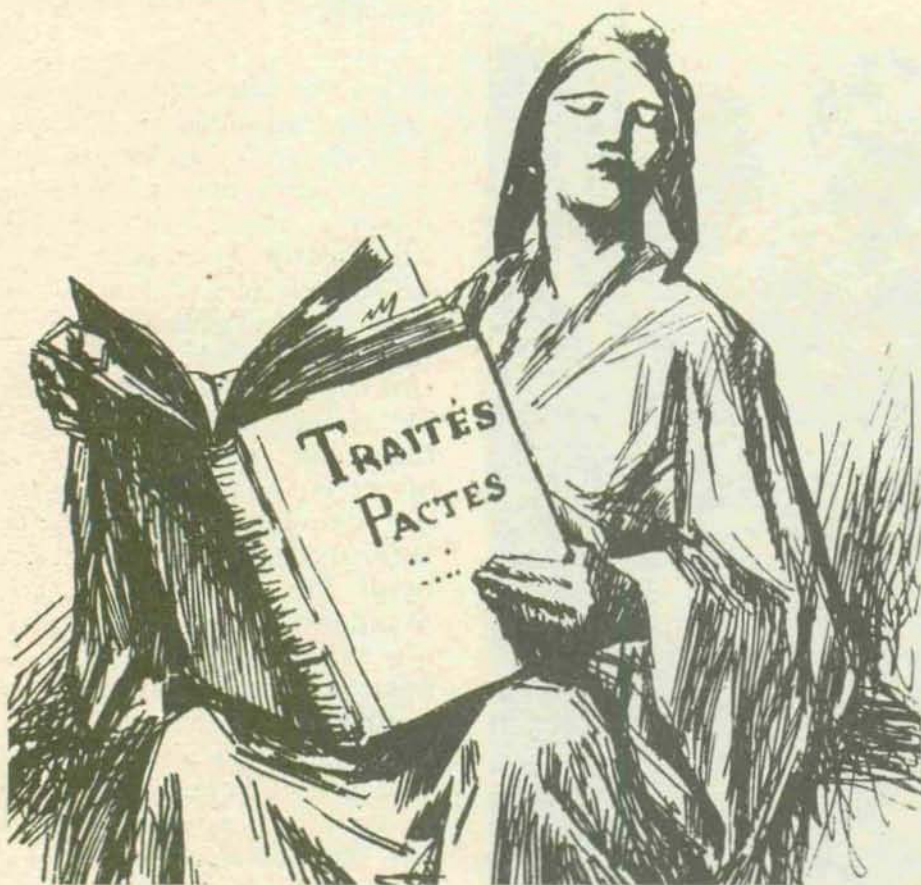
El día 22 de septiembre Chamberlain vuelve a Alemania. Esta vez su reunión con Hitler tendrá lugar a orillas del Rin, en Bad Godesberg.

favor de los rebeldes apoyados de la forma más descarada por las potencias fascistas mientras el Gobierno legal de la República se hunde al faltarle el apoyo de las democracias, es un buen exponente del estado de ánimo que en ese año de 1938 reina entre las clases dirigentes de Londres y París, que en esas fechas ya han reconocido **de facto** al Gobierno de Burgos.

La defensa de un tratado de defensa mutua entre Francia y Checoslovaquia, que obligaría

al Gobierno de París a enfrentarse al Tercer Reich para asegurar la independencia de un país con el que nada tenía en común, será la causa que va a desencadenar durante varios meses y a través de todo el continente la tempestad de miedos y alivios sucesivos que caracteriza este concreto período de tiempo. Y es en este momento cuando va a tener lugar la primera—y única durante muchos años—aparición de una fuerte corriente de oposición a Hitler en el seno

de los más altos niveles de las fuerzas armadas alemanas. Ante el temor, apuntado antes, de una derrota ante el Ejército checo, la alarma cunde entre los altos oficiales del Estado Mayor alemán. Su propio jefe, el general Ludwig Beck, es la cabeza de la oposición al Führer, ya que además del antagonismo que siente hacia los dirigentes nazis, opone en este caso dificultades de orden estrictamente técnico. De acuerdo con el general Von Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército, que apoya sus puntos de vista básicos, se reúnen en Berlín en la primera semana de agosto los más conspicuos representantes de la Wehrmacht, y tras la conferencia, la propuesta del general Beck recibe un apoyo casi unánime entre sus compañeros. La furibunda reacción de Hitler al enterarse de los planes negativos que los jefes militares habían estado preparando a sus espaldas y que solamente le habían sido comunicados con posterioridad a la reunión, anula de momento toda posibilidad de actuación a los oponentes, que, sin embargo, continúan firmes en su idea de no colaborar en los proyectos del dictador, e incluso llegan a considerar la idea de apoderarse por la fuerza de la persona de Hitler en el caso de que ordenase un ataque armado contra Checoslovaquia. Repetidos intentos de apoyarse en las potencias occidentales, entre las que destaca una carta dirigida a Churchill, que no duda en expresarles su apoyo, fracasan ante la ambigua y contemporizadora postura de las democracias parlamentarias. Ilustres figuras civiles y militares, entre las que cabe destacar el alcalde de Colonia Konrad



En 1938 todavía se tiene fe en los tratados. La paz es una alternativa demasiado importante en comparación con la desaparición de un país de segunda fila como es Checoslovaquia.

Adenauer, el jefe superior de la Policía de Berlín y altos mandos del servicio de contraespionaje del Ejército, se suman a los proyectos que llevarían a un juicio popular al hombre que pretende llevar a Alemania nuevamente al caos. Pero la débil postura final de Francia y Gran Bretaña, que acabarán inclinándose a los deseos de Hitler, impedirán que estas tentativas dirigidas contra él adquieran razón de ser al no existir la causa que justificaría la acción. Checoslovaquia no provocará una guerra y así se perderá quizá la única oportunidad que pudo haber evitado el holocausto de la segunda guerra mundial al desaparecer la figura de Hitler de la escena política alemana. Los intereses de grupo, que realmente eran lo único que interesaba a los militares alemanes, temero-

sos de perder su prestigio, hubieran ayudado de la forma más efectiva a los intereses de millones de habitantes de la Europa amenazada.

LA COMODA CONCORDIA DE LAS DEMOCRACIAS

Por el momento, los planes de invasión de Checoslovaquia quedan fijados para la fecha del 30 de septiembre, al mismo tiempo que se organiza para ese día un levantamiento general en el país Sudete para apoyar la entrada del Ejército invasor. El día 12, en la multitudinaria concentración que celebra la clausura del Congreso general del partido nazi en Nuremberg, Hitler ataca directamente al presidente Benes y predice la desaparición de Checoslovaquia como Estado independiente. Al mismo tiempo en la región de

los sudetes, se suceden escenas de grave violencia en las calles de Karlsbad, la antigua e imperial ciudad balnearia de Karlovi Vari. Rápidamente, el Gobierno checo declara la ley marcial en todo el país y Konrad Henlein huye a Alemania acompañado por sus más íntimos colaboradores. Las consultas se aceleran entonces entre París y Londres, mientras Benes no se decide a pedir ayuda a la Unión Soviética, a la que le une otro pacto de defensa mutua, ante el temor de una permanente instalación del Ejército Rojo en Checoslovaquia en calidad de protector, pero que de manera efectiva podría ejercer el papel de ocupante indeseado. Daladier, primer ministro francés, empuja a Chamberlain, jefe del Gobierno británico, para que actúe como mediador en el desarrollo del conflicto. El día 13, Chamberlain propone a Hitler la celebración de una entrevista en territorio alemán. Dos días más tarde, el primer ministro de la Gran Bretaña se reúne con el dictador alemán en Bechtesgaden, a donde le habían precedido otras importantes figuras de la vida oficial inglesa simpatizantes con el **Fuhrer**, como Lloyd George y los duques de Windsor. Durante la conversación, Hitler insiste en sus pretensiones sobre los territorios sudetes **únicamente**, negando cualquier posible idea futura sobre una desmembración de Checoslovaquia. El temor de Chamberlain a introducir a su país en una guerra al alinearse al lado de Francia en defensa de Checoslovaquia, le lleva a acceder a varias de las pretensiones de Hitler, ante el cual sin embargo no efectúa ninguna promesa firme. El **Fuhrer** le promete esperar la decisión de los dos Gobiernos occidentales, aunque presume de antemano que acabarán acce-

diendo a la anexión de los Sudetes por parte de Alemania. Y al mismo tiempo, prosigue en la preparación de sus planes de invasión armada prevista para quince días más tarde. Sabe Hitler que ni Francia ni la Gran Bretaña intervendrán ante su irrupción en territorio checo. La paz aparente es una alternativa demasiado importante en comparación con la desaparición de un país de segunda fila como es Checoslovaquia.

Las fuerzas de choque de los nazis sudetes logran entretanto hacerse con el control de importantes porciones del territorio, en donde imponen su ley de violencia. Mientras los Gobiernos de Varsovia y Budapest, instigados por Berlín, no cesan en sus reclamaciones. El día 22, Chamberlain vuelve a Alemania. Esta vez, su reunión con Hitler tendrá lugar a orillas del Rin, en Bad Godesberg. En los pocos días que han mediado entre la primera y la segunda entrevista, los dos Gobiernos occidentales han presionado al checo para que acepte las exigencias de Alemania y entregue la

zona en litigio, asegurando al mismo tiempo al Gobierno de Praga el mantenimiento de la independencia e integridad del resto del territorio nacional. Pero ahora, ante las concesiones que recibe, el **Führer** exige más y más, alegando las pretensiones justificadas de los países vecinos. El fracaso de los intentos de Chamberlain para que Hitler decline algunas de sus exigencias, que se resumen principalmente en el abandono total por parte checa del territorio de los Sudetes para el día 1 de octubre, el gabinete británico asegura al Gobierno francés su apoyo total en el muy probable caso de un estallido inmediato de las hostilidades. Y en los dos países —así como en la Unión Soviética— se apresuran los preparativos de guerra, sobre todo a lo largo de la **Línea Maginot**, donde se espera que se estrellen los primeros avances alemanes. En la tarde del día 26, en el curso de un gran mitin celebrado en el **Sportplatz** de Berlín, Hitler alcanza el paroxismo en sus agresiones verbales contra Benes y el Estado checo, a los que acusa de

aplastar las más justas aspiraciones de los alemanes sudetes por medio de la utilización de los métodos represivos más violentos. Y **pone fin a sus amenazadoras palabras** haciendo hincapié en que «si Benes cuenta con siete millones de checos, aquí está en pie un pueblo de setenta y cinco millones de germanos», comparando de la forma más grosera la enorme diferencia de fuerzas que se miden sobre el terreno. Aparentemente, a Hitler no le inquieta el estallido de una guerra general, pero sin embargo está pendiente de la posibilidad de que un pacto con los occidentales le permita realizar pacíficamente sus pretensiones antes de enfrentarse al indudable poderío de los ejércitos combinados de Francia y la Gran Bretaña, cuya potente y temida flota de guerra ha sido ya puesta en estado de alerta. A esas mismas horas, divisiones motorizadas, equipadas para el combate, recorren las principales arterias de Berlín, intentando sin éxito excitar el patriotismo de los habitantes de la capital alemana, deseosos



Mussolini respalda la idea de Chamberlain de celebrar una conferencia entre los países implicados. Será el ascendiente que todavía mantiene el Duce sobre el dictador alemán lo que empuje finalmente a éste hacia la aceptación de la reunión. (En la foto, ambos dictadores y, de espaldas, el mariscal Kettel, jefe de la Wehrmacht).

de una larga paz tras los difíciles años de la inmediata posguerra.

En la mañana del día 28, la petición del Gobierno británico hecha a Mussolini para que mediara en última instancia en la cuestión, tiene su realización al presentarse el embajador italiano en Berlín en la Cancillería del Reich con un mensaje personal del Duce, que aunque apoya las pretensiones de Hitler sobre los Sudetes, está francamente alarmado ante la perspectiva, cada vez más próxima, de un conflicto a nivel continental. Mussolini respalda la idea de Chamberlain de celebrar una conferencia entre los países implicados y Hitler accede a ello tras largas consideraciones y debido en gran parte a sus deseos de no contrariar la voluntad del **Duce**, que todavía en estos momentos tiene un gran ascendiente sobre él (1).

(1) Mussolini fue en todo momento par-

EL PACTO DE MUNICH

Al día siguiente, 29 de septiembre, en la **Fuhrerhaus** de Munich, da comienzo la conferencia entre los jefes de Gobierno de Alemania, Italia, Francia y la Gran Bretaña. Inexplicablemente a primera vista, la Unión Soviética, que también puede considerarse interesada en la cuestión por mantener un pacto de defensa con Checoslovaquia, no es invitada a las deliberaciones (2).

tidario de un arreglo pacífico del problema, si bien dejó muy claro desde el principio que si la conferencia fracasaba, Italia estaría al lado de Alemania. La misma víspera del encuentro de los cuatro estadistas, Hitler quiso hablar en privado con el Duce antes de que diese comienzo la reunión. La labor de Mussolini y de su embajador en Berlín, Attolico, fue decisiva de cara a la celebración de las conversaciones de Munich, según se desprende de la lectura de documentos del momento, y esto hizo que por un tiempo, el dictador italiano se considerase a sí mismo como el árbitro de la paz.

(2) Parece ser que una posible participación soviética no fue seriamente tenida en cuenta por nadie, debido al dis-

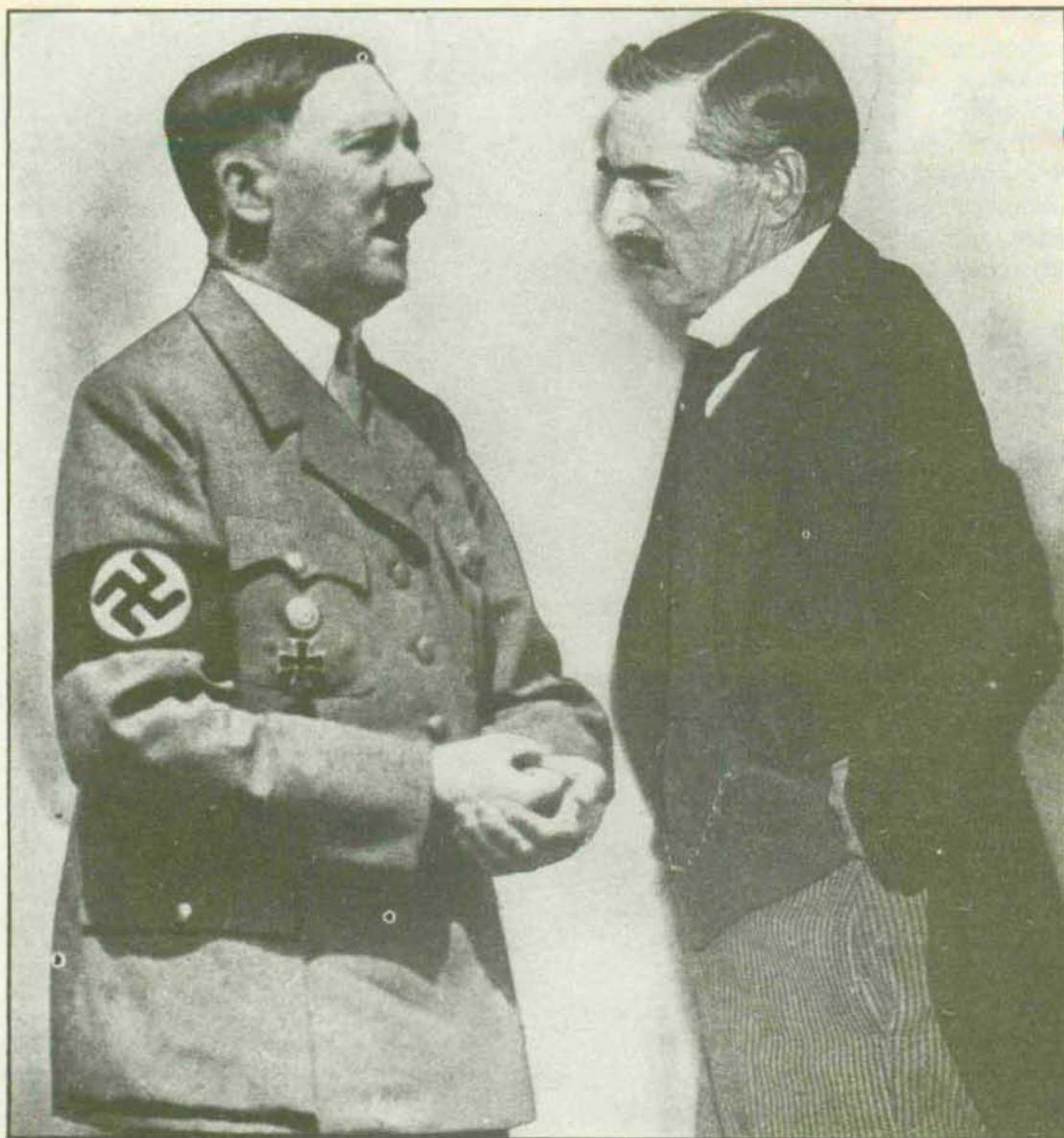
Pero más increíble y vergonzosa es la actitud de los miembros participantes en la reunión en relación con los representantes que envía Checoslovaquia. A pesar de ser el principal país interesado en el desarrollo y las conclusiones de la conferencia, ya que en ello le va la existencia, ningún miembro de la delegación checa es invitado a penetrar siquiera en la sala de reuniones, permaneciendo apartados durante todo el tiempo que duran éstas, que van a decidir la desaparición o la supervivencia de su patria. Nadie quiere disgustar al **Fuhrer**, y las consecuencias de la debilidad que denota este temor acabarán, dentro de muy pocos meses, por caer sobre sus propios interlocutores (3).

gusto que Hitler hubiera sentido ante la presencia de delegados del Gobierno de Moscú en Munich, lo que hubiera puesto en peligro el éxito de las conversaciones. Una concesión más de Francia e Inglaterra para con el amo de Alemania.

(3) Massaryk, embajador de Checoslo-



A pesar de ser Checoslovaquia el primer país interesado en el desarrollo y las conclusiones de la Conferencia, ningún miembro de la delegación checa es invitado a penetrar siquiera en la sala de reuniones, permaneciendo apartados durante todo el tiempo que duran éstas.



Chamberlain, por su parte, consigue obtener la firma de Hitler en un documento que garantiza para el futuro la celebración de encuentros entre los jefes de Gobierno en los casos que puedan poner en peligro la paz. (Obsérvese el curioso montaje fotográfico de la época).

Un tenso tira y afloja se produce a lo largo de las conversaciones acerca de los procedimientos con los que se va a efectuar la ocupación del país sudete, una vez aceptado este hecho como mal menor por los países occidentales. Las propuestas y contrapropuestas, los memorándum y los ultimátum se suceden hasta que en las primeras horas de la madrugada se alcanza el difi-

vaquia, pretendió estar presente en los debates, aunque solamente fuese en calidad de observador, pero se le denegó tal petición aduciendo que la conferencia se celebraría únicamente entre representantes de las cuatro grandes potencias, con exclusión de participantes de cualquier otro país, incluso del más interesado en la cuestión, como era la propia Checoslovaquia.

cil acuerdo. A las tres horas del día 30, un comunicado redactado en los cuatro idiomas establece las condiciones del pacto: la evacuación del territorio sudete por parte de las fuerzas militares y la administración checa se efectuará entre los días primero y diez de octubre, sin que se produzcan desmantelamientos ni destrucciones de las instalaciones industriales y militares existentes en la zona, y que son de hecho el principal objetivo de Alemania. A una ocupación escalonada efectuada por tropas neutrales, seguirá la celebración de un plebiscito entre la población para que decida libremente su pertenencia al Tercer Reich. Firman el docu-

mento los cuatro jefes de Gobierno. Checoslovaquia está condenada a muerte con el beneplácito de sus antiguos amigos y aliados. El pueblo miqués, situado ante el edificio, aplaude al conocer la noticia y lanza un suspiro de alivio similar al que pocas horas después emitirán los habitantes de la Europa occidental. Los dos dictadores dejan a franceses y británicos la amarga y bochornosa tarea de comunicar la resolución a los representantes checos, que esperan en la antesala durante varias horas el resultado de la reunión. Al día siguiente, Chamberlain consigue obtener la firma de Hitler en un documento que

garantiza para el futuro la celebración de encuentros entre los jefes de Gobierno en los casos que puedan poner en peligro la paz. Este simple papel parece asegurar largos años de paz en Europa. Los acontecimientos subsiguientes se encargarán de demostrar su total falta de valor.

El mundo respira tranquilo. La paz se ha salvado. El presidente norteamericano, Roosevelt, y el papa Pío XI, expresan su satisfacción. Chamberlain, aclamado en las calles de Londres a su regreso de Munich, acude al palacio de Buckingham para recibir, junto con los reyes, los vítores de su pueblo. En Francia, Daladier, abochornado por la renuncia ante el **Fuhrer** que acaba de protagonizar, divisa a su llegada a Le Bourget una gran multitud que acude a ovacionarle como salvador de la paz, pero en un primer momento, cargado con un grave y justificado sentimiento de culpa, piensa que las intenciones de la masa no son otras que el abucheo de su desafortunada gestión. Mussolini, por su parte, es recibido con todos los honores por el propio rey Víctor Manuel en la estación ferroviaria de Florencia. De los cuatro componentes de la degradante conferencia de Munich, es Hitler quien queda más descontento. La pacífica ocupación de una pequeña parte del territorio checo no satisface sus ansias expansionistas. En cierto modo, hubiera preferido una invasión armada en toda regla, que a pesar del riesgo que suponía, le hubiera llevado a la conquista total del país, sin tener que esperar todavía durante un tiempo incierto hasta la completa consecución de sus planes, que desde el primer momento tendían a borrar del mapa a Checoslovaquia.

Pero los efectos negativos del pacto de Munich se dejan sen-

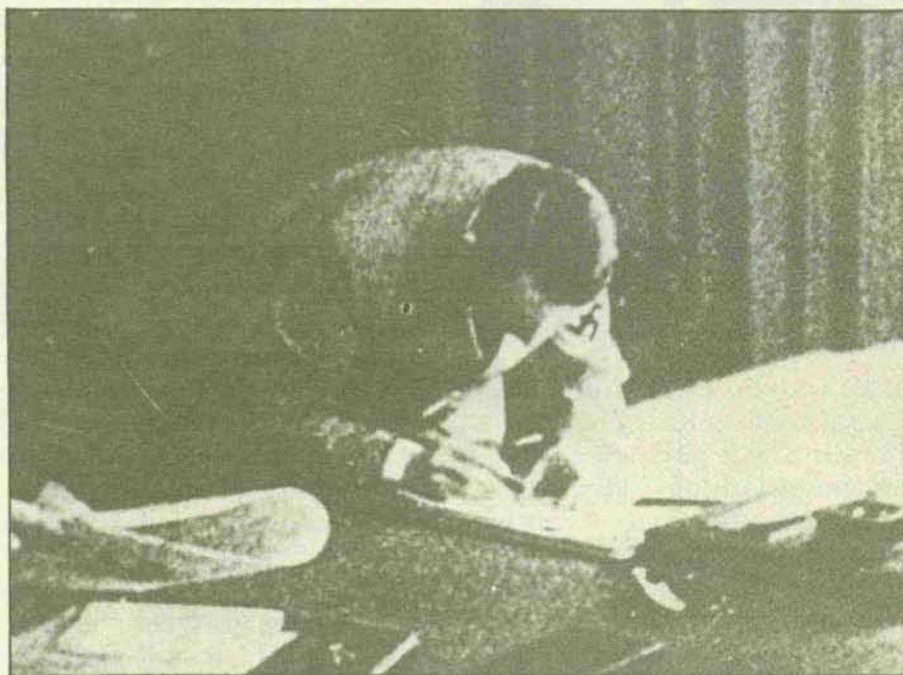


tir pronto en los parlamentos democráticos. Sectores de diputados vislumbran sin gran esfuerzo la precariedad de esta paz, conseguida de una forma tan humillante, y se enfrentan a sus respectivos Gobiernos exigiendo explicaciones y medidas ante una situación general de tanta inseguridad. En Londres, Winston Churchill abandona la Cámara de los Comunes tras el comunicado de los acuerdos de Munich, tras expresarse de la forma más concluyente: «El Gobierno tenía que escoger entre el deshonor y la guerra.

Ha escogido el deshonor y tendrá que hacer la guerra». La débil postura de las democracias, que ya a partir de julio de 1936 había comenzado a ceder a las presiones de Alemania al abandonar a su suerte a la República española, y que no habían sido capaces de defender la independencia de Austria como Estado libre en marzo de 1938, vuelve a ponerse de manifiesto de la manera más evidente en Munich, al permitir la destrucción de un país libre y democrático a manos del imperialismo alemán, condu-



Firma del Pacto de Munich, 30 de setiembre de 1938: Chamberlain, Daladier, Mussolini y Hitler.



cido por los delirios de Adolf Hitler.

LA MUTILACION DE CHECOSLOVAQUIA

Naturalmente, conociendo los métodos empleados por Hitler en los años que llevaba en el poder, nadie debería imaginar que Alemania iba a respetar la letra de los acuerdos. Contradiciendo las reiteradas manifestaciones del canciller del Reich en las que hacía base de sus reclamaciones territoriales al factor etnológico, las nuevas fronteras que se establecen a partir del día primero

de octubre siguen básicamente líneas estratégicas y económicas. Y dejan dentro de Checoslovaquia a más de un cuarto de millón de alemanes sudetes, mientras quedan dentro de las fronteras del Reich cerca de ochocientos mil checos. El plebiscito anunciado nunca más volverá a ser mencionado. Así se ponen de manifiesto las verdaderas intenciones de Hitler, para quien la pequeña porción sudete no es más que el prólogo a la total desaparición del Estado checo, absorbido por el Reich. El presidente Benes

se refugia en Londres mientras la Wehrmacht ocupa los nuevos territorios. El formidable Ejército checo y la potente fuerza aérea se mantienen acuartelados y sus aviones en tierra, obedeciendo las órdenes dictadas por el Gobierno de Praga. Y comienza el éxodo de los checos residentes en la región ocupada y de los demócratas sudetes que buscan refugio en el interior de Checoslovaquia. Dos días más tarde, Hitler entra en Karlsbad entre grandes aclamaciones, pero ya le han precedido en unas horas Himmler y Heydrich, que junto a los delegados de la Gestapo dirigen personalmente la busca y captura de los socialdemócratas y comunistas en el territorio ocupado. El Gobierno checo no tiene más remedio que entregar a quienes se han refugiado en la zona libre. Gran Bretaña tampoco les concede visados. Es el fin de la soñada libertad para Europa. La región fundamental de un país, que en medio de condiciones negativas había conseguido mantener un sistema democrático de Gobierno, es perdida, despojada, y su población maltratada, incluso los grupos alemanes tantas veces invocados por el dictador alemán. El 10 de octubre, cuando no ha hecho más que terminar la evacuación de la zona sudete, el Gobierno checo debe hacer entrega a Polonia del distrito de Teschen, y de extensas zonas de Hungría, en una ceremonia celebrada en el palacio vienés de Belvedere. Checoslovaquia quedará prácticamente sin industria y con el sistema ferroviario completamente desarticulado (4).

(4) Las pérdidas concretas que para Checoslovaquia significó la amputación de la región de los Sudetes quedan expre-



El Presidente Benes comunica por radio al pueblo checoslovaco las consecuencias de los acuerdos de Munich. La primera desmembración dará paso a una completa desaparición de la República checoslovaca como Estado soberano solamente seis meses más tarde.

El pacto de Munich, que no agrada en absoluto a los apetitos de Hitler, constituye sin embargo un importante triunfo personal para él, y al mismo tiempo demuestra la fragilidad de las democracias. Para algunos autores, Munich viene a ser un paso atrás de veinte años, como si los Imperios centrales no hubiesen perdido la guerra en 1918. La reconstrucción de las partes fundamentales de los dos sistemas autocráticos caídos tras la primera guerra mundial se ha efectuado en menos de un año. Alemania vuelve a dominar toda la parte central de Europa y su feroz expansionismo no se satisfará solamente con eso. Munich signi-

sadas bien claramente en las siguientes proporciones. El país perdió: el 70% de sus recursos de hierro y acero; el 75% de las fábricas de material ferroviario; el 90% de las fábricas de vidrio y porcelana; el 40% de sus bosques, y el 70% de la potencia eléctrica.

fica también el abandono de los países de la Europa central y oriental por parte de las potencias atlánticas. Hitler parece tener las manos libres para lanzarse a su tercer acto agresivo. Pero Polonia no será ocupada pacíficamente. El ataque alemán contra sus fronteras hará estallar la guerra.

Mas por el momento —otoño de 1938— mientras Churchill continúa lanzando advertencias a su Gobierno, y el propio Daladier ya se arrepiente de la sucia jugada en la que ha participado, Hitler ya está pensando en la forma de hacerse con el resto de Checoslovaquia. Y vuelve una vez más a utilizar su viejo ataque al Gobierno de Praga acusándole de ejercer fuertes represiones sobre las minorías alemanas todavía residentes en las regiones de Bohemia, Moravia y Eslovaquia. Excitando el nacio-

nalismo eslovaco en contra del Gobierno central, Hitler consigue, a lo largo de los meses que median entre octubre de 1938 y marzo de 1939, crear en el interior de la mutilada Checoslovaquia una situación de inestabilidad completa.

EL PRIMER GOLPE DE PRAGA

Tiso, sacerdote católico y jefe de los independentista eslovacos en la clandestinidad, recibe las seguridades de Hitler sobre la futura creación de un Estado Eslovaco independiente y protegido por el Reich una vez sea ocupada la totalidad del país, y el 13 de marzo de 1939, el clérigo impone en la Asamblea Eslovaca, reunida en Bratislava, la aceptación de la proclama de independencia, redactada por el Ministro de Asuntos Exteriores de Berlín. Chamberlain anuncia inmediatamente al Parlamento británico la desintegración interna de la República Checoslovaca, lo que libera a la Gran Bretaña de los lazos que mantiene con ella y que habían asegurado al pequeño país la defensa contra un posible ataque alemán. Hitler, pues, no encuentra más que facilidades en su camino. El presidente de la República, Emil Hacha, que ha sustituido en el cargo al exiliado Benes, decide hacer un postrer esfuerzo para salvar la independencia de su país y acude a Berlín a entrevistarse con Hitler. Tras una conversación desoladora, Hacha es materialmente obligado a firmar una declaración según la cual, «pone con confianza el destino del pueblo checo en manos del Führer». Por entonces, a Hitler todavía le interesa mantener una apariencia de legalidad ante los occidentales. El mismo día 15 de marzo, dos horas después de la firma de este documento, las fuerzas de

la **Wehrmacht**, que estaban esperando estas órdenes desde mucho tiempo antes, cruzan la frontera checa. Checoslovaquia ha dejado de existir. Las principales ciudades—Praga, Brno, Bratislava, Pilsen—son ocupadas sin resistencia, y Hitler se dirige ya camino de la capital, donde va a instalarse en el castillo de Hradschin, corazón de la Historia checa, construido sobre una colina que domina la barroca ciudad, atravesada por el río Moldau.

El día 16 se anuncia la constitución, por una parte, del Protectorado de Bohemia-Moravia, y por otra, de una Eslovaquia nominalmente independiente, pero bajo protección alemana. Tiso, elevado a la dignidad arzobispal, será el jefe del Estado de este régimen-escaparate que Alemania mantiene para demostrar los beneficios que reporta a un país la protección pacífica del Reich. Y así como la población checa será una de las más castigadas durante la guerra, los eslovacos disfrutaron de un relativo elevado nivel de vida y de tranquilidad en medio de una Europa en llamas.

Las potencias occidentales constatan finalmente, en ese mes de marzo de 1939, la falsedad de las promesas del dictador alemán expresadas en Munich acerca de una política de consultas. El primer paso claro hacia la segunda guerra mundial ya está dado. La ocupación de Praga—el primer golpe de Praga—simboliza el final de unas esperanzas que realmente no tenían una base firme, pero que habían sido alentadas por los dirigentes occidentales ante el temor a la repetición de un conflicto similar en proporciones al que habían finalizado en 1918. Sus recelos se verán plenamente justificados con creces durante los años que seguirán. La historia reciente de Checoslovaquia, que había nacido en el año 1918, repetirá curiosamente la misma cifra final en los años en que su libertad sea machacada una y otra vez. 1938 será el año de la mutilación que dará paso a la pérdida de entidad como Estado independiente. 1948 verá el acceso de los comunistas al poder anulando todas las libertades. Y, finalmente, en 1968, Checoslovaquia sufrirá una nueva invasión, de la que

no se encuentra todavía liberada, cuando las fuerzas del Pacto de Varsovia penetran en su territorio para impedir la realización de un régimen socialista abierto y plural. El número ocho parece ser fatal para el atormentado pueblo checoslovaco. En marzo de 1939, cuando pierde por primera vez su libertad, a Checoslovaquia todavía le quedan por vivir las horas más amargas de su dilatada historia. ■
J. M. S. M.

BIBLIOGRAFIA

Alan Bullock: Hitler, estudio de una tiranía. Barcelona, 1974.

H. S. Hegner: El Tercer Reich. Barcelona, 1969.

Leonard Mosley: El fracaso de las democracias. Barcelona, 1974.

Ernest Nolte: La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas. Barcelona, 1971.

Mario Toscano: Munich, 28 de septiembre de 1938, en La Segunda Guerra Mundial. Barcelona, 1972.

Alan Wykes: Hitler. Madrid, 1973.



Escena callejera en Praga en el mes de marzo de 1939. El pueblo checo muestra dolor y desesperación ante la ocupación de su país por las tropas nazis. En esos momentos, la totalidad de Checoslovaquia ya no es más que un territorio conquistado.